

Primero se
marcharon
las mozas...



SIN carretera y sin luz, sin agua potable y sin hilo telefónico, Torronteras, un pueblo situado en el corazón de la Alcarría, a sesenta kilómetros de Guadalajara y ciento veinte de Madrid, ha venido padeciendo de un tiempo a esta parte ese mar de fondo del agro español: el éxodo a la ciudad. La añoranza del modernismo y el tedio de tantos días hicieron huir, en primer lugar, a las mozas y, más tarde, a los mozos. Buena tierra la de Torronteras, pero no tanto como para evitar su paulatina despoblación. Hoy sólo viven treinta personas, incluida la maestra. Y la mayor parte son ancianos. Tan penoso panorama ha motivado a los habitantes la solución más viable: poner el pueblo a la venta. El relato de nuestros enviados especiales da cuenta de la situación actual de esta aldea.

TORRONTERAS

UN PUEBLO SIN GENTE



Chy - Lano

TORRONTERAS



Texto: MIGUEL LOGROÑO
Fotos: ROGELIO LEAL

La historia empezó en Pareje, localidad anterior a Torronteras, con un burro formidable —único medio de ponerse a salvo— y su amo, el Enrique, hualácar de paraíso, que no calló en los siete kilómetros de ascenso:

—¿No se ha de vender el pueblo? ¡A ver!, sin agua, sin luz, sin teléfono... Tres o cuatro vecinos quedarán, a todo tirar. El Picado se vino a Pareje, el José a Guadalupe... Las primeras en marcharse fueron las mozas, ¿sabes usted? Y después los mozos, claro. ¿Qué iban a hacer? Hoy la gente no se resigna a vivir así como así...

—Y la tierra es buena —prosiguió—, que se lo digo yo. De todo produce, y con no mucha cosecha. Lo que pasa es eso, que están incriminados. Y que ya sólo quedan los viejos. Dos o tres kilómetros faltarán. Es que está terreno engaño. Todo es cuesta arriba, todo. En el último trecho se baja un poco, pero luego se sube otra vez. Hasta que no llegamos a Pareje.

Carradas hacia el Sur, con el azul pugnando entre los colgajos de nubes. Por el Norte era una masa gris, compacta. Cuatro gotas anárquicas, caprichosas. Si volvía a llover no nos escaparíamos. Un ruidito de motor sonaba en lo alto...

—Ni tiendas, ni bares, ni nada. Vino, solamente, en «cañal», que lo vende a litro. Cuando quieren comprar bajan a Pareje. O suben a vender. ¡Cuántas veces habré subido yo con sardinas! Me conozco todo esto como la palma de la mano.

Los efectos de la marcha empezaban a notarse. Iban como unas fatigas extrañas y como si dos pequeños martillos, perfectamente idénticos, no dejasen de golpear. El silencio del asno constituía todo un ejemplo...

—Señor, aquella parte blanca —miró hacia arriba— es «la luna»...

—¿Ah, sí? ¿Y Torronteras? —me atreví a preguntar.

—Dos kilómetros más allá. Marcaba el reloj dos horas de camino.

Sobre lo que se vende

Entramos el pueblo por la «cañal Real». O por lo que queda. Atravesamos el caserío de parte a parte y comunitivo, por ser la única, la vía principal de Torronteras. Atrás quedó el cementerio, pequeño y recogido, cuyas puestas permanecían cerradas desde hace tres años, entre otras cosas, porque no ha habido necesidad de abrirlos. Fue cuando encerraron a Francisco Robolla. Y hasta ahora, que aquí, como no ses de aburrimiento, la gente tarde en rendirse, como ya sabemos que la muerte no avía, pero



"Lo que más nos cuesta abandonar es la casa. Nos darán otra. Pero habrá que pagarla. Y ésta, siempre mala."

es el clima, más sano que una maizana, y no es que lo diga una.

Sólo un anciano daba señales de vida. Lalo, al col, un periódico atascado, para el camino sólo aparece cuando Dios le da a entender. Gritaba el Enrique como seguramente lo lo hará por su casa.

—¡Encarna, Teresa, Rufina! ¡Que os vanis a comprar!

A la vez, iban saltando equéfilas al desorden:

—De Pareje tenías que ser. Tú eres el que vendes —replicaban.

—Dios te pague en tralga a todas.

—¿Dónde la guardas, condenada? ¡Arráizanos en casa del alcalde, Felipe García, que no nos pudo arruinar

por las razones ya expuestas y porfió para que posásemos. Estaban por recoger los cacharros, pero ya comprenderíamos...

Ni más ricos ni más pobres

En «cañal Encarna» andaban también de sobremesa. «Formina», llamó a la hija el Enrique, y le largó lo que sigue: «Que te vengas a comprar». «¿Cuánto pagas?», replicó la muchacha. Y la Encarna, la Formina y el Enrique entonaron una carcajada estrepitosa. Y a las ricas se unió la ba-

a no tomar nada en serio. Recotamente separado, el José, grave, con la sorpresa de sus veintinueve años y las manos en los bolsillos:

—Para ustedes todo lo que ven —decía la Formina—. Más barato, ¿no?

—Muchas gracias. Pero no comamos. ¡Hay más jóvenes en el poz!

—¿Es que no basta con nosotros? —dijo la Isabel—. Buena, señora maestra, doña Juanita Rui que es de Madrid, pero tiene un pilijo en Torronteras. No sabemos a edad tendrá, pero allá, allá con nuestra.

—Como se divierten ustedes?

—Con sul, cardil y carburo, usted



Buena lana y mejores manos para el lino. Maximo Garcia, el padre, y su hijo Jose, el único mozo de Torronteras.

por estar de labranza. Una vieja y una niña, en la puerta, daban un golpe mortal a la comida. El Enrique respiró nuevamente el estribillo. Debe de ser un hombre de ideas fijas:

—¿Qué duana, nos venden el pueblo?

—¡Hombre, si se llega a un arreglo! Bien que lo sentimos todos, pero que se ha de hacer.

—Llora la niña, abuelo —observamos.

—Los viejos serán. Y que está sola, que no está acostumbrado a ver extrañas. Ella y su hermano Alejandro y dos pequeños más son los únicos niños del pueblo.

Excusó la ausencia del alcalde —aunque él se cosa importante—

bol, prima hermana de la Formina y sobrina de la Encarna. Y el José, hermano de la Isabel y portante, por igual, de equéfilas...

—En ayunas llegamos, Encarna —se oyó al Enrique.

—¡Mal apañados estamos, que en los pueblos ya se sale. Pero lo que hay es de todos.

—Se te pagará, Encarna.

—Y si no, es lo mismo. Ni más ricos ni más pobres.

En la calle, y en un aparte, mientras el hogar se reanimaba en el interior, se formó el grupo. De un lado, la Formina y la Isabel, con veinticuatro y diecinueve años, que nadie diría cumplidos, respectivamente, y sonriendo de tal manera que invitaban

una vida. Sólo hay baile dos veces al año: para las Fiestas San Antonio, que es el patrón de la Iglesia, y la Cruz de septiembre.

Treinta personas, con la maestra

Llama la Encarna desde dentro y ha que apurar, como se pueda, la conversación:

—¿Cuántos vecinos son en Torronteras? —Nueve, que salen a veint...

—Nueve, que salen a veint...

Y la Formina inició la relación detallada, exhaustiva, del curso. Al principio colocó a Máxima Mazarío, de 71 años, y en la cola a Encarna Mazarío, de 50 —más SIGUE

3



De la iglesia sólo queda una silla y una cruz. Alejandro observa la labor de la abuela. Además de pocos, prácticamente no quedan familia: o primos, o hermanos, o sobrinos.

Trabajan a la luz del sol. Después, a la del candle.

**hace nueve años
que en Torronteras
no se celebra
ninguna boda**

PILAR de espaldas
Hidote. b →

Juanita Rubio, la maestra, y "completo" en la escuela.



4

o menos, «que nadie va a venir a averiguar la edad». Llenaban la lista diez matrimonios —Encarnación forma parte de uno—, un viudo —Eugenio Blanco—, cuatro niños —María del Pilar y María Josefa Ramos, y Alejandro y Pepita García—, y los tres mozos presentes. Veintinueve personas justas. Bueno, treinta, con la maestra. El apellido que predomina es García —doce, en conjunto—, seguido de Ramos y Mazarío, con tres cada uno; Blanco, con dos, y Martínez, Guijarro, Latorre, Rebollo, Del Val, Sanz, Hernández, Nieto, Rubio y López, que se reparten, a uno por cabeza, el to de la cuenta.

—Todo se vende —exclamó, ahora sería, la Isabel.

—A ver —medió el José.

Se venden las casas —que hoy son de piedra una veintena; aunque los viejos dicen que antaño se extendían más allá de la huerta del cura—. Todo

nos enseñó el enorme molón y la enorme viga que estrujan la aceituna. El molino «de cuando los romanos», que da un aceite «sin acidez». Rufino habló también de hechos —«que el sacerdote, don José Antonio, es el de Escamilla, y que muchos domingos no puede venir porque el río no se puede vadear; que el médico es el de Pareja, y hay que avisarle; que el veterinario, también»— y de rumores:

—Además de pocos, prácticamente, todos somos familia: o primos, o hermanos, o sobrinos. Por lo que podría haber confianza. Pero el alcalde es el alcalde. Yo, de oídas, puedo decirle que sí se han pedido 15.000 pesetas por hectárea, o así.

—¿Cuántas hectáreas tiene el término?

—Unas ochocientas veinte. De ellas, ciento diez son del Ayuntamiento, doscientas y pico de unos señores, y cuatrocientas treinta y ocho nuestras.



Todo se vende: las casas, las calles, las colmenas y seis pares de mulas.

aver si como a este en el corral de muros

se vende: las calles, las colmenas, un molino de aceite —«de cuando los romanos»—, seis pares de mulas, cincuenta husos para hilar lana, una docena de cerdos, sesenta cabras... Y las veinticinco parras que adornan las fachadas. Y el escudo de una casa que dicen fue de un conde y tiene «unos salones con unas vigas cuadradas preciosas».

Y qué pena da nombrar la Iglesia, que se incendió hace unos cinco años y hoy sólo es una capillita, con un altar y un San Antonio muy bonitos. Tenía dos campanas muy grandes, pero las arrancaron cuando la guerra. En su lugar, un campanil llama a oración a los fieles. «¡Qué pena da ver la iglesia después del incendio! ¿También se quedará sola? Porque no había otra como ella en toda la comarca. Y no es que lo diga una.»

—¿Cuántos matrimonios se celebran en el pueblo?

—Todos se van fuera. El último, hará ya nueve años, cuando la Dolores y el Mariano.

El molino, las tierras, los árboles

Se llama Rufino Hernández. Llevaba un mulo a la fuente y decía que ya había comido. Claro que, aunque no lo dijera, su expresión lo delataba. Así de satisfecho, así de «por ahí me las den todas», sonreía el hombre. Rufino nos condujo a las afueras y

Estas son, de momento, las que ponemos a la venta.

—¿Y son ricas las tierras, Rufino?

—No han de ser. Menos arroz y naranjas de todo se produce. Frutas, cereales, pastos. Todo. Y los árboles que hay, algunos jóvenes, que son una bendición.

Luz para la noche y para los días

«¡No hay cuidado! —clamaba el Enrique—. Primero que se caiga el asno... Una casualidad tendría que ser.» De bajada, nos cogió la noche cuando alcanzábamos «la luna». «¡No hay cuidado!», insistía el paisano. Una carretera —lamentábamos— y luz. Luz para la noche y para los días. Y las mozas, y detrás los mozos, no se hubiesen ido. Por momentos, toda la Alcarria se llenaba de estrellas. Buena gente la de Torronteras, con un romanticismo hecho a la medida de lo real: «Lo que más nos cuesta abandonar es la casa. Sí, nos darán otra. Pero habrá que pagarla. Y éstas, aunque malas...» De todas formas, aguantarán este invierno. «A ver si a la primavera...» El río de la Hoz, que muy poco tiene de ambas cosas, se perdía en el valle. Ahora sí; ahora no había cuidado. Estábamos en Pareja. Decididamente, el burro del Enrique es un animal muy noble. El más noble y leal jumento de toda la provincia de Guadalajara. **M. L.**